

## Presentación

La presente entrega de *Historiografías*, que hace la número 21, acoge un abanico de artículos que quieren tomar el pulso a algunos de los más importantes temas de los estudios historiográficos actuales, todos presididos por la combinación de criterios y/o paradigmas diversos, la variedad de los marcos geográficos y temporales, hasta llegar a la “historia global”, y la atención a lo cultural y a los usos públicos del pasado.

El apartado de “Historia y teoría” lo abrimos con el trabajo del Grupo Epidemia, formado por 16 profesores y dirigido por don Alejandro García Álvarez-Busto, de los Departamentos de Historia y de Medicina de la Universidad de Oviedo (España). El estudio en cuestión, que se titula “Pandêmon Nosêma. Una revisión historiográfica de cómo las sociedades respondieron ante las epidemias a lo largo de la historia”, no puede resultar más oportuno.

La Pandemia de Covid-19 desencadenada a finales de 2019 en la República Popular China, y que se ha extendido por todo el mundo desde comienzos de 2020, viene teniendo unas repercusiones igualmente planetarias. Ha desatado, sí, una carrera contrarreloj en la industria farmacéutica para el hallazgo de una vacuna con resultados satisfactorios en tiempo récord. Pero también ha esparcido el contagio a más de 149 millones de personas sobrepasando los tres millones de fallecidos a fecha de mayo de 2021 según la Organización Mundial de la Salud. Además, ha provocado una notable desaceleración de la economía mundial en 2020 y una extendida incertidumbre en 2021 según el Fondo Monetario Internacional, y trastocado, en fin, los hábitos de innumerables personas. A todo ello se ha de sumar el impacto en la política y en la cultura, que parece haber acentuado una tendencia que viene de las últimas décadas como es la de los populismos y las teorías conspirativas. Es lógico, por lo tanto, que los propios estudios historiográficos se hayan visto sacudidos por la importancia del tema.

Como muestra “Pandêmon Nosêma”, no solo es posible establecer un catálogo de grandes epidemias a lo largo de historia. También es factible un estudio sistemático y comparativo de su impacto en los diferentes planos de la existencia humana en distintas épocas; impacto que, como muestran los profesores ovetenses, ha afectado a los fenómenos sociales propiamente dichos, la economía, las decisiones e instituciones políticas, y la psicología social y las mentalidades. En realidad, este texto se compagina a la perfección con el interés por la llamada “historia global” y el renacimiento o “retorno del largo plazo” en los estudios históricos del que hablaban en 2014 los historiadores norteamericanos Jo Guldi y David Armitage en su “Manifiesto por la historia”, del que *Historiografías* se hizo eco en su momento (núm. 13). Si como dicen estos últimos en su Conclusión, ese retorno “va ligado a algunos de los problemas globales más apremiantes en las culturas públicas de todo el mundo” (ellos lo ilustran con temas relativos a la historia del clima, la gobernanza y las desigualdades), no cabe duda de que el estudio histórico de las pandemias también puede ayudar a desentrañar tales problemas globales.

El segundo artículo de “Historia y teoría” que presentamos, “Penser le bilan et le devenir de l’histoire du temps présent. Une approche des pratiques en études germaniques et dans l’hispanisme en France”, de los profesores Tristan Coignard y Aránzazu Sarría Buil de la Universidad Bordeaux-Montaigne (Francia), es un estudio

sobre un aspecto poco conocido de la llamada “histoire du temps présent”: la influencia que esta viene ejerciendo en los estudios germanistas e hispanistas en ese país en las últimas décadas.

La hoy denominada “historia del presente” –para decirlo con una expresión recomendada por algunos autores en nuestro idioma– se la puede considerar una forma de interpretar la historia de los siglos XX y XXI a la luz de los hallazgos apuntados al principio de esta presentación: marcos transnacionales e “historia global”, importancia de los comportamientos e imaginarios culturales, nuevas formas de percibir y representar el tiempo histórico o la historicidad, y eclosión de las memorias y los usos públicos del pasado. Esta es la hipótesis que defienden Gonzalo Pasamar y Roberto Ceamanos, en *Historiografía, historia contemporánea e historia del presente* (Madrid, 2020, Síntesis, pp. 148 y ss.), libro del que hemos incluido en esta entrega una reseña del profesor de la Universidad de Zaragoza Jaime Elipe.

Pero también es cierto que, como muestran Coignard y Sarría, tal forma de ver la historia contemporánea, desde que fuera fundada a finales de la década de 1970 bajo la rúbrica de “histoire du temps présent”, no ha dejado de arrojar reflexiones sobre sus componentes metahistóricos o teóricos: función social del historiador, cercanía y objetividad, influencia de las memorias, dimensión transnacional, etc. Quizá tal insistencia se deba al hecho de que, como igualmente señalan dichos profesores, en Francia se la sigue considerando “un domaine à part entière”. En todo caso, el lector hallará aquí una buena síntesis de los debates de los autores franceses.

En España la influencia de este dominio ha servido sin duda para enriquecer extraordinariamente los estudios de historia contemporánea en las tres últimas décadas. En esta entrega de *Historiografías*, obligado es mencionar, a modo de homenaje, a la profesora de la Universidad de Salamanca, catedrática emérita, doña Josefina Cuesta Bustillo, quien falleció el 30 de marzo pasado. A Josefina, entre muchos otros méritos le corresponde, precisamente, el haber sido pionera en la divulgación en España de la citada corriente francesa, que ella ilustró, además de con artículos, con un manual precursor, una *Historia del Presente* (Madrid, Eds. de la Universidad Complutense, 1993), con que el dio a conocer el tema a estudiantes y profesores españoles.

El tercer artículo, “*Make Roma Great Again: la Antigüedad como recurso en el contexto de la crisis y el nuevo giro derechizador*”, del profesor de la Universidad de Málaga (España) Francisco Machuca Prieto, nos lleva al terreno de los usos públicos del pasado, un tema especialmente atendido por *Historiografías*. Permítasenos una reflexión previa sobre su alcance actual.

El porqué lo histórico se ha convertido hoy en un objeto de consumo masas –con géneros y soportes tales como la llamada “living history”, “la musealización”, las conmemoraciones, los videojuegos, la novela, el cine y el turismo históricos–, viene siendo un asunto de debate recurrente en los estudios culturales y la historiografía. En efecto, las representaciones del pasado que se basan en el recuerdo público, o alcanzan más allá de los estudiosos especialistas y profesores, fueron bautizadas a partir de la década de 1980, aproximadamente, con términos tales como “las memorias” y “los usos públicos de la historia”. Para sus primeros formuladores, como el francés Pierre Nora y el italiano Nicola Gallerano, la separación entre ambos dominios, la memoria y la historia, o el uso público de la historia y la historiografía, era incontestable. Hoy la

investigación en los citados terrenos y géneros nos está demostrando que las representaciones del pasado –ya procedan de la acción de las autoridades públicas, o de colectivos y movimientos políticos, intelectuales y artísticos y plataformas de opinión–, tienden a dotarse, entre otros componentes, de una dimensión recreativa y de consumo de masas que provoca un efecto paradójico, que la importancia de la Red no hace sino afianzar. Por un lado, incita a lo que podría llamarse una trivialización del pasado, esto es, transforma el viaje por los recuerdos –en ocasiones traumáticos–, los testigos y los escenarios pretéritos en aventura y deleite turístico y/o lúdico, con el consiguiente peligro de tergiversación de ese pasado. Pero al mismo tiempo juega un papel decisivo en la construcción de una cultura histórica amplia y abierta en la que son los propios ciudadanos los responsables últimos de ese interés por lo pretérito. La comunidad investigadora y docente puede ayudar a mejorar esa cultura gracias a sus capacidades de erudición, desmitificación de relatos, pedagogía y divulgación –que también se adaptan a los nuevos tiempos por supuesto–; o, si se quiere, a su competencia para explicar acontecimientos, contextos y cambios históricos. Pero no puede de ningún modo sustituir el papel de la responsabilidad o el hábito individual, que hace que sean los propios ciudadanos quienes deciden al cabo lo que escuchan, visualizan, leen, visitan y estudian; y esto no es incompatible con el reconocimiento de la importancia que puedan tener las ideologías, los medios de comunicación, los grupos de poder y los Estados en los usos del pasado.

“*Make Roma Great Again*” examina cómo el recurso a la Antigüedad clásica parece haber cobrado una dimensión inusitada en la política y en la cultura de masas en décadas recientes. Es bien conocido que la apelación al pasado greco-romano constituye un componente clave de la cultura occidental desde los propios siglos medievales. Desde entonces y hasta los inicios de la época de las revoluciones liberales, como evocación de un pasado mítico y cargado de ejemplos morales y políticos intemporales; desde los años de las revoluciones liberales –y en cierto sentido la Ilustración–, también como terreno de erudición que sigue apreciándolo como pasado originario, pero ya no intemporal –y al que la historiografía, arqueología y museística, desde finales del siglo XIX, han elevado merecidamente a la categoría de área científica–. A ello se suma el uso de la Antigüedad que hicieron los fascismos en los años de entreguerras del siglo XX, quienes la presentaron como un pasado heroico y también mítico, instrumento de propaganda contra los regímenes parlamentarios y los partidos liberales y de izquierda.

El artículo de Francisco Machuca nos lleva a los usos políticos y culturales de la Antigüedad hoy en día. Su lectura proporcionará al lector información sobre una variedad de plataformas y soportes que pertenecen a lo que el texto denomina, ante la dificultad de encontrar un sustantivo más específico, “el giro derechizador” que parece tener lugar en tiempos recientes, a los que el autor bautiza con el término de “crisis neoliberal”: filmes instrumentalizados por el movimiento norteamericano “neocon”, movimientos identitarios europeos, libros españoles que parecen recurrir a la vieja idea de “la España eterna” –idea, por cierto, ya presente en la historiografía liberal del siglo XIX–, libros recientes donde se vuelve sobre el tema de la leyenda negra –tema que igualmente se arraiga en la historiografía liberal española–. El elemento que unifica tal variedad y dispersión es, indica el autor, el “empleo del pasado” y en particular del pasado greco-romano.

La sección de “Historia y teoría” se cierra con el trabajo de Iago Brais Ferrás García, de la Universidad de Santiago de Compostela (España), “*La Historia General de España* de Juan de Mariana y su relación con la Edad Media”.

Este texto lo podríamos considerar una aproximación a la “metahistoria” de la famosa obra. Del jesuita Juan de Mariana y su época disponemos sin duda de investigaciones notables. Tenemos biografías y un muy buen conocimiento de los cronistas de los reinos de la Monarquía hispánica y de su obra –a fin de cuentas, Mariana aspiró a formar parte de los cronistas oficiales y después presentó su *Historia* como una superación de la labor de estos–. También se conoce a fondo el papel de los jesuitas como punta de lanza de la Contrarreforma. Recientes autores consideran la obra, incluso, como la primera que de algún modo dibuja la identidad española moderna y la relata en su desenvolvimiento histórico.

El artículo de Iago Brais Ferrás apunta más allá: tiene en cuenta todos estos componentes, que le sirven para estudiar la atmósfera cultural en la que se desarrolló Mariana durante los reinados de Felipe II y Felipe III, pero disecciona la obra de otro modo. Su conclusión a buen seguro resultará interesante. La podríamos sintetizar así: la *Historia general* de Mariana es, prácticamente, un relato sobre la “historia medieval” hispana, aunque el autor no maneje ese término, que no adquiere categoría historiográfica más que a partir del siglo XVIII. En ese sentido, pese a toda la luz que se ha arrojado sobre la obra, la mayoría de los estudiosos, a la hora de valorarla, tienden a “modernizarla” demasiado, a colocarla en el origen de ideologías modernas; esto es, a ver en ella más la posteridad que la cultura histórica con la que fue escrita. Sin embargo, para nuestro autor la de Mariana debe verse como una obra redactada tanto en clave humanista como de hechura medieval, y que es preferible considerar como parte de “una historiografía en transición”.

El apartado de “Varia historiográfica” se centra en dos historiadores que curiosamente son coetáneos, aunque nunca llegaron a conocerse: el gerundense Carles Rahola y el bonaerense Ernesto Quesada. El primero de los artículos pertenece a la profesora Lucila Mallart de la Universidad Pompeu Fabra (España): “El historiador gerundense Carles Rahola: desde los márgenes, la centralidad”; y el segundo, al profesor Dante Barbato de la Universidad de Buenos Aires (República Argentina): “Ernesto Quesada: una trayectoria en transición: la escritura de la historia familiar y la construcción de la historiografía en Argentina”.

Si prestamos atención a los temas que vienen predominando entre los estudiosos de la historiografía, la citada coincidencia en el tiempo permite una cierta reflexión conjunta, pues las fechas en la que tales autores escribieron su obra, las postrimerías del siglo XIX y primeras décadas del XX, forman parte, con pocas diferencias, de los inicios de la profesionalización historiográfica a ambos lados del Atlántico, esto es, en Europa occidental, Estados Unidos, México y Argentina.

Este último tema, el de la profesionalización como tal, viene siendo esencial entre los estudiosos de la historia de la historiografía contemporánea. Como es sabido, comienza a concentrar la atención en la década de 1970 y llega hasta obras recientes como el *Atlas of European Historiography. The Making of a Profession, 1800-2005*, que editan Ilaria Porciani y Lutz Raphael en 2010. En el caso de España, su investigación se inicia en la década de 1990, en el ámbito de lo que la profesora Mallart

llama “la escuela de Zaragoza”, y se refleja, entre muchas otras obras, en el *Diccionario de Historiadores españoles contemporáneos (1840-1980)*, de Gonzalo Pasamar e Ignacio Peiró (Madrid, Akal, 2002), obra de obligada consulta para cualquier iniciado en los estudios sobre la historiografía española contemporánea.

Ahora bien, la respuesta a la pregunta ¿en qué consiste ser “historiador profesional”? plantea problemas de delimitación que se han dado por sobreentendidos en ocasiones, pero que se han revelado fundamentales en las dos últimas décadas cuando los estudios históricos han abordado asuntos tales como los antes citados usos públicos del pasado e historia del presente, las identidades, las memorias, los relatos y las redes culturales. Estos asuntos lo que vienen a demostrar es que el proceso de la escritura de la historia en los siglos XIX, XX y XXI, además depender de la institucionalización académica y la aplicación del llamado –como se lo bautizó a finales del siglo XIX– “método histórico”, se ve afectado por factores tales como las representaciones y los usos del pasado y sus soportes; en suma, por las memorias, las identidades culturales y los modos en que todas ellas vienen circulando desde el siglo XIX para acá.

Esta clase de temas permiten redefinir a un autor como Carles Rahola, quien pasaba hasta ahora por un mero historiador local y “literario”: la profesora Lucila Mallart lo presenta aquí como “un historiador no profesional”, cierto, pero también como un estudioso del pasado ligado al nacionalismo catalán –que emerge en las primeras décadas del siglo XX– y conectado con una notable red de historiadores españoles y extranjeros.

En el artículo del profesor Barbato se descubre a un Ernesto Quesada, jurista e historiador, polemista y defensor de la figura de Juan Manuel de Rosas, padre de la llamada Confederación Argentina (1831-1861) –lo llegó a conocer personalmente cuando este vivía exiliado en Inglaterra, nos dice el autor–; un intelectual que inicia su obra historiográfica a finales del XIX, cuando en la Argentina todavía no se había desarrollado “un campo autónomo de investigación” para los estudios históricos. Pero el Ernesto Quesada de Dante Barbato es también un intelectual en el que ya se adivinan los rasgos del oficio historiográfico: la influencia de la historiografía alemana, la participación en la docencia del derecho y la sociología con perspectiva histórica, y el manejo del archivo familiar, que en la década 1920 Quesada donaría al Estado prusiano, y que constituye, dice Barbato, el punto de partida del Instituto Iberoamericano de Berlín. Estos inicios de la profesionalización igualmente podemos observarlos en una de las reseñas del presente número: la del profesor Gabriel Cid Rodríguez de la obra que coordina el historiador uruguayo Tomás Sansón Corbo, *El laberinto de Clío. La definición de los campos historiográficos en la región platense (primera mitad del siglo XX)* (Asunción, Tiempo de Historia, 2020).

**Gonzalo Pasamar**